



Jesús Lana Feito entrevista a ...

Pepín Menéndez, montañero y buen conocedor del pueblo de Valle de Lago. Fue miembro de la Junta de Gestión del Parque Natural de Somiedo (durante el período 1989-1999) en representación de las Asociaciones de Montañeros y desde siempre caminante por estas tierras y amigo de muchos vecinos de El Valle.

1ª.- Yo creo que este pueblo te enganchó pronto. Tanto mi relación con El Valle del Lago como la amistad con sus acogedores vecinos comenzaron a fraguarse el día de Reyes de 1961. Hace ya 53 años de aquella efeméride; contaba yo dieciséis por entonces.

En efecto, fue el mágico 6 de enero de 1961 cuando entré en El Valle, haciendo de palafrenero y tirando del ramal de un caballo, que montaba el rey Melchor; Chema Argüelles a la sazón.

2ª.- ¿Sabías que por aquellos años los nenos no conocíamos los juguetes? ¿Y que enredábamos o nos entreteníamos encantados con vacas de palo que hacíamos nosotros? Desde luego, era sorprendente la capacidad de imaginación de los nenos de aquella época, para entretenerse con las cosas más sencillas.

La admirable iniciativa de llevar juguetes a los niños de las aldeas más aisladas de la geografía asturiana fue creada, en 1960, por el Grupo de Montañeros Vetusta de Oviedo, bajo la presidencia de Luis Sela, y Julián Martín Arroyo como promotor, así como Paco Ruiz Tilve, Santos Corcobado, Conchita, hermanos Corrales (José Antonio, Pedro y Adolfo), Julio Lorenzana, Mariano de la Fuente,

Ángel Antolín, Paco Soto, Tita, Maruja, Tano, Valentín Llorián, Manolito Collado, Chema Argüelles, por citar a algunos de los muchos entusiastas colaboradores de tan encomiable cabalgata de fantasía.

En el primer año, 1960, se llenó de ilusión a los niños de Bulnes. Al año siguiente, 1961, fueron tres los pueblos que recibieron la comitiva montañera: El Valle, en Somiedo; Valle Moru, en Ponga, y Tuiza, en Lena.

Diversas gestiones llevó a cabo el Grupo de Montañeros Vetusta para organizar el Día de Reyes, entre las que puedo citar las realizadas ante el Ayuntamiento de Somiedo, D. Pedro Rubio maestro de El Valle, D. Hilario Fernández cura párroco de Santa María Magdalena de Valle del Ajo y San Miguel del Coto de Buena Madre, y D. Prudencio F. Fernández-Pello de Hidroeléctrica del Cantábrico.

Veintidós montañeros viajamos en autocar de "Micro-Turismo Euskalduna" (el coste total del viaje fue de 1.530 pts.), desde Oviedo hasta La Pola.

Al llegar a Pola de Somiedo, nos aguardaban varios vecinos del Valle, y allí, en la plaza del Ayuntamiento, una vez cargados los paquetes en los caballos, se formó la cabalgata. Subimos caminando hasta El Valle, por Cuevaciegos, El Pousadoiro, El Almedel, El Coto y La Vagúa y el *camín* del Rebotsal; ¿verdad, Tino?

3ª.- ¿Qué fue lo que más te impactó al asomarte a la Prezuda y cómo fue el día?

El singular pueblo del Valle me sorprendió, sobremanera, "al descubrir" que algunas de sus casas tenían el *teito de escoba*..., y, más aún, ante el espectáculo del manto de nieve que todo lo cubría.

Recuerdo que, atendidos por Enrique Lana en la Casa Compuertas, nos disfrazamos para la ocasión.

El rey Melchor iba revestido con calzones de blanco paño, jubón oscuro, manto a cuadros y dorada corona. El paje, Pepín, llevaba taleguillas blancas, chombra de terciopelo rojo, amplia solapa estampada con una estrella de seis puntas, y oriental visera, amén de un bordón en la mano.

Convenientemente pertrechados, partimos de la Casa Compuertas, y, siguiendo la *güelga* (camino abierto en la nieve), atravesamos los diferentes barrios del pueblo: Ribatsuenga, El Casarón, La Caleitsa..., alineados al pie del murallón pétreo de Tsandecabatosos.

"... Eramos esperados, pero el frío no permitía estar fuera de las estancias... a nuestro paso se abrían las puertas y los vecinos, con los niños más pequeños en brazos, nos iban recibiendo con el natural contento..."

Dejamos los juguetes en la Escuela, y nos dirigimos a oír misa, "*después de haber pasado por una trinchera de metro y medio de nieve para llegar a la iglesia*", según recoge la crónica del evento publicada en el boletín del Grupo de Montañeros Vetusta (febrero 1961).

De vuelta a la Escuela, comenzó el reparto de juguetes a los cuarenta y tres niños que se hallaban impacientes, sentados en los pupitres. Tanto como los estaban sus padres que abarrotaban la clase.

Melchor fue nombrando uno a uno: Álvaro y Servando (de casa Álvaro y Restituta), Antonio (de casa Gabino y Filomena), Francisco, Manuel, Modesto y Adelaida (de casa Manuel y Erundina), Jesús (de casa Manuel y Adelaida), Avelino y Faustino (de casa Avelino y María), Cayetano (de casa Carmen), Pedro, Rosaura, Josefina, María Jesús y Celestina (de casa Joventino y Amalia), José y Cipriano (de casa Cipriano y Adela), Julio (de casa Gabino y Julia), Segundo, Leonor, Josefa y Mercedes (de casa Benjamín y Alcides), Ramiro (de casa Aurelio y María Luisa), Servando e Isolina (de casa Servando y María), José Antonio y Gabino (de casa Hermesinda), Javier (de casa Laudelina), Teófilo, Carola y Josefa (de casa Juan y María Concepción), Belarmino y José Manuel (de casa Rosendo y Cándida), Amador (de casa Sabina), Leonardo (de casa Constantino y Adolfinia), Marcos (de Casa Gerardo y Norberta), Azucena y María (de casa Servando y María), Ena (de casa Deotino y Adelaida), Adelaida (de casa Bernabé y Tomasa), Enedina (de casa Víctor y Carola) y Engracia (de casa Enrique y Gloria)... y, el Rey Mago, con la ayuda del paje, les fue entregando los regalos, que los nenos recibieron encantados.

“El pueblo quiso, finalmente, corresponder, invitando a almorzar a toda la comitiva..., honor que hubo de declinar por llevar cada uno sus propias viandas...”

Fuimos agasajados, eso sí, con bebidas y ricos postres caseros. La alegre jornada se remató en El Coto, donde el señor cura nos invitó a café, pastas y licores, festejando el inolvidable Día de Reyes, del seis de enero de 1961, en El Valle del Lago.

Los Reyes Magos volvieron a llevar juguetes a los niños de El Valle once años después. Fue el 6 de enero de 1972, y, en esta ocasión, la iniciativa (de la que fui promotor) la llevó a cabo el Grupo de Montaña del Instituto Nacional de Previsión.

La comitiva subió caminando desde El Coto, por la Vagúa y el Robotsal, con la ayuda de caballerías, facilitadas por los vecinos de El Valle, que portaban los juguetes y regalos. Un manto de nieve cubría El Valle, y los juguetes se repartieron en la Escuela a un total de 39 niños. De los cuales 23 eran niñas (6, de 3 a 4 años; 5, de 5 a 6 años; 7, de 7 a 8 años, y 5, de 9 a 10 años) y 16 niños (5, de 3 a 4 años; 3, de 5 a 6 años; 3, de 7 a 8 años, y 5, de 9 a 10 años). El acto resultó muy emotivo y fue seguido con entusiasmo por los niños y sus padres.

4º.- ¿Cómo has ido trabando amistad con tantos amigos y vecinos de El Valle? A raíz de aquella mi primera



visita a El Valle, se fueron sucediendo paulatinamente otras y, sobre todo, a partir de 1967 (concretamente el 3 de diciembre), cuando en compañía de Juan Uría, José Prendes “el Pimpe”, Alfredo Fuenteseca y Pepe Luis Labrador fuimos desde El Valle al Puerto, por Sousas y pena Salgada. Preciosa ruta de la cual recuerdo el entusiasmo de Fuenteseca al “descubrir” la braña de Sousas, echándole en cara a Juan Uría el que no le hubiera llevado antes a conocerla.

Entre 1967 y 1975, íbamos al menos un par de veces al año a El Valle, generalmente invierno y primavera.

Nos alojábamos en Casa María (la viuda de Servando) y tras la cena se organizaba animada tertulia, en la que Servando Álvarez nos contaba sus vicisitudes durante la Guerra Civil, en la zona de Cotorraso. Terminábamos la reunión con unas cuantas copas de



anis y varias canciones interpretadas por Juan Uría.

Servando también nos narra como, el 22 de junio de 1921, estando al cuidado de las vacas en el lago del Valle, junto con Amalia Feito, coincidió con Aurelio de Llano, a quien le recitó los cantares de la pica: “... Aquí nos tiene usted / todos derrotados / unos de madreñas / otros sin zapatos”. Que el eminente antropólogo recogió en su libro “Del folklore asturiano” (páginas 209 y 210).

En El Valle tuve la dicha de conocer a Avelina García Riesgo (en la primavera del 70), quien, además de contarme su encuentro con el oso, al pie del Castietsu, me recitó numerosos cantares de boda, cuyas letrillas facilité a mi inolvidable amigo Juan Uría, Maqua quien, en mayo de 1980, las entonaría como los ángeles en el disco “Vaqueiras y otras canciones asturianas.”

En otra ocasión, abril de 1971 (cuando se desprendió un acne desde el pico Valdecuélabre hacia la Enramada, arrastrando unas cuantas hayas), llevé a El Valle a Jard Joland, un noruego que estaba estudiando medicina en Oviedo, quien quedó admirado de tanta belleza. Recuerdo que proyecté una serie de diapositivas en la cantina de Amalia, y después de cenar fuimos a dormir al pajar Benjamín Cobrana. A la mañana siguiente, Alcides nos preparó el desayuno, y subimos al lago con unos marañones que nos habían dejado Enrique y Gerardo. Caminamos sobre el hielo que cubría el lago hasta L’Entreiro. Fue apasionante.

Después de aquellos años del 67 al 75 tan apasionantes, frecuentábamos “la Taberna del L’Oteiro”, atendida por la acogedora familia de Aurelio, con quien departí en muchas ocasiones sobre diversas cuestiones del Parque Natural de Somiedo, cuyo preciado legado debemos agradecerémoslo únicamente a los vecinos de Somiedo.

Merced a todas estas visitas mi relación con los hospitalarios vecinos de El Valle se fue acentuando y, al propio tiempo, pude darme cuenta de las duras condiciones vida que soportaban: arduo trabajo, escasos recursos y precarias comunicaciones. Nada que ver con lo que hasta ahora tuvimos a nuestro alcance. De tal modo, pude admirar a muchos hombres y mujeres de El Valle: Amalia Feito, José María, Servando Álvarez y María, Benjamín Cobrana y Alcides, María Alonso (viuda de Servando), Juan el Cartero y María Concepción, Adolfinia la de Malina, Tino y Adolfinia, Gabino Tablón y Julia, Enrique y Gloria, Gerardo y Norberta, Manuel y Adelaida, Gabino y Filomena, Servando y Constantina, Bernabé y Tomasa, Manolín y Erundina...y otros más que lamento no recordar y a quienes quiero dedicar un emotivo recuerdo aprovechando esta oportunidad que me brinda Jesús Lana, desde las páginas del boletín de la Asociación de Amigos y Vecinos de Valle del Lago. Muchas gracias, Pepín Menéndez.



LA SOLIDARIDAD REPOSA CON NUESTROS ABUELOS

Mi reflexión sobre la solidaridad pretende traerla al nuevo escenario de los pueblos de hoy y recordar, una vez más, lo importante que es resolver los problemas de todos, más que el nuestro en particular, es decir, la solidaridad entendida como lo que se hace por los demás.

Me refiero a la solidaridad perdida, pero no para llorar por ella, sino para echar una mirada al pasado que sea más analítica que nostálgica.

Nuestros abuelos practicaban una solidaridad ejemplar como miembros de una sociedad rural cerrada, pero no debemos olvidar que no tenían otras fáciles soluciones, la influencia del exterior era mínima. Todo tenía que ser resuelto en aquel núcleo cerrado y autárquico. La única vía de comunicación con la capital del municipio era, hasta el año 1975, un camino de carro o un sendero peatonal. La circulación de personas y mercancías era escasa y solo se compraban y transportaban algunos productos supervalorados y tasados como el azúcar, el aceite y poco más y, por supuesto, no llegaba ninguna ayuda, ni económica, ni psicológica.

En aquella comunidad vecinal se hacían obras de todo tipo, de mayor y menor envergadura, como canalizar agua hasta las fuentes públicas, empedrar caminos en sus zonas más pendientes o construir casas y cuadras para todos los vecinos. La necesidad era tan acuciante que las enemistades o los problemas de convivencia quedaban un poco apartados, aunque nunca olvidados.

En verano, no se trataba de que los caminos estuvieran más presentables sin árboles y sin piedras, era lisa y llanamente que no se podía perder un filo de hierba enganchada en las ramas, ni las vacas debían pisar piedras cuando tiraban del carro.

En invierno, cuando caía una gran nevada, era necesario espalar juntos para abrir camino hasta la fuente y con urgencia empezar a sacar las vacas a beber por turnos. La torba o ventisca solía cerrar muy pronto el callejón abierto en la nieve y no había otra solución, otro día saldrían a beber las de otro vecino, si había suerte. Era un trabajo imposible para una sola casa.

Son muchas las obras comunitarias que se realizaban, pero una de ellas destaca por ser imprescindible para habitar estas tierras de alta montaña: **la construcción de casa y cuadra**. En estos trabajos participaban todos los vecinos porque todos necesitarían algún día de la ayuda de los demás.

Esa unión solidaria, en nuestro pueblo, precisa algunos matices. No es igual ayudar a una causa concreta, como levantar la hierba de un prao, si amenaza lluvia, o cualquier obra menor; la ayuda necesaria para edificar era otro asunto. Tanto es así que sin esa ayuda de todos no podrían establecerse como vecinos en el pueblo. Sin la casa y la cuadra lo demás tenía poca utilidad, las cuevas habían quedado atrás.

Los otros trabajos familiares, como las cosechas o la ganadería, eran importantes, pero no suficientes para pasar el invierno en esas altitudes. Las alternativas no eran muchas, hoy por ti mañana por mí.

La solidaridad para edificar pervivió durante años, desde los primeros años de vida en el pueblo hasta fechas recientes. Construir entre todos los vecinos con los materiales que facilitaba la naturaleza (piedra, madera y escoba), sin un solo clavo, era práctica habitual.

Actualmente no hay tal ayuda colectiva; las edificaciones se encargan a profesionales del sector y los trabajos que pudieran ser colectivos se reclaman a la administración local.

En todo caso, esa solidaridad obligada o sentida quedó arraigada en esta pequeña comunidad que ciertamente no podía avanzar sin la suma de individualidades.

Actualmente los procesos socioeconómicos son otros, van arrinconando a la solidaridad y la influencia urbana e industrial llega a todos los lugares del planeta, incluso a Valle de Lago. La globalización ya está aquí y la abundancia y el individualismo campeon a su aire.

Una última reflexión a modo de despedida: considero que las organizaciones necesitan renovarse, tener nuevos responsables y, por estas razones, algunos necesitamos ver a la asociación desde la distancia y con el cariño de siempre. Espero, como ya opiné alguna vez, que no se quede en una organización de eventos festivos, una opción poco ambiciosa, y que pueda recuperar sus objetivos culturales, reivindicativos, de participación y de colaboración. En todo caso, este será mi último boletín de La Ponte, recordando que ha nacido para construir puentes entre todos y también para ser un medio de participación. Un abrazo. Jesús Lana Feito